

Anécdotas y recuento

Margo Glantz

¿Empezaré diciendo: Conocí a José Emilio Pacheco cuando él tenía veinte años y yo veintinueve? No, porque revelo mi edad, mejor comenzaré diciendo: Él era un muchachito delgado, tímido, precoz, de memoria admirable —niño catedrático— lector voraz, quien en 1963 me dedicó *El viento distante* con estas palabras: “A Margo Glantz con mi gratitud por haberme guiado en las puertas del teatro del absurdo y con todo mi afecto y amistad”. Y José Emilio habla de que yo le abrí las puertas del teatro del absurdo porque por esas épocas, de 1961 a 1963 daba yo clases de teatro en el CUT, y en varias ocasiones incluí a los famosos dramaturgos que revolucionaron el teatro en aquella época, Beckett con su *Esperando a Godot* o Ionesco con su *Cantante calva* o *La lección*, obras que yo vi durante mi estancia en París de 1953 a 1958, mismas que en la década de los sesenta montaron directores mexicanos, entre ellos el genial Juan José Gurrola, recientemente fallecido. En aquella época dirigía el CUT Héctor Azar; estaba localizado en el sitio que ocupó el famoso *cabaret El eco*, antes de que púdicamente el regente Unchurtu clausurara todos los *cabarets* famosos, incluyendo al Waikiki o el Salón México, antros que solíamos frecuentar con varios amigos antes de irme a París, aunque imagino que José Emilio sólo los conoció de oídas porque debe de haber tenido a lo sumo diez años. Aunque debo decir que cuando leo y releo *Las batallas en el desierto* mi infancia y adolescencia concuerdan con las de José Emilio, a pesar de que él nació en 1939 y yo en 1930.

¿Es prudente seguir con el tema de las dedicatorias? En 1989 José Emilio me envió *Ciudad de la memoria*, y escribía: “A Margo, desde 1959, con todos los sentimientos que ya sabe”, dedicatoria anticipada en *Los trabajos del mar*, donde ya escribía esa enigmática frase “con todos los sentimientos que ya sabe”. O, finalmente, para seguir en este cauce, citaré sólo unas dedicatorias más de las que me enorgullezco, la que aparece en *Aproximaciones* com-

pilación de versos traducidos y versiones de poemas de varios autores que Miguel Ángel Flores publicó en la editorial Penélope en 1984, desgraciadamente en muy mal papel, allí dice José Emilio: “A Margo, en el año de sus libros y de sus premios, estas adaptaciones y traducciones con veinticinco años de fidelidad, diciembre de 1984”. Me encantan esas frases, me permiten declararme su alumna, casi su hija literaria: pues, como dice Barthes, a propósito de la adaptación de Bertolt Brecht a la novela de Gorki, *La madre*: “En ella la relación está invertida; es el hijo quien alumbra espiritualmente a la madre”. Y así es, cuando José Emilio había ya publicado muchísimos libros, con la precocidad y madurez que lo caracterizan, tanto poemas como cuentos, novelas, traducciones, inventarios, ensayos en todas las revistas importantes de México, había colaborado y dirigido suplementos culturales y había ganado muchos de los premios más codiciados, yo apenas hacía mis pininos.

Recuerdo una vez, allá por los años sesenta, junto con la China Mendoza, fuimos el jurado de un concurso de teatro organizado por el INBA. Con honestidad incomparable, revisamos una gran cantidad de autores anónimos que habían mandado sus piezas teatrales, y después de numerosas discusiones, como suele suceder, le dimos el premio a un autor de cuyo nombre no me acuerdo y del cual seguramente José Emilio sí se acuerda y que resultó ser un desconocido o un personaje no muy presentable. Cuando abrimos los sobres que contenían los verdaderos nombres de los concursantes, cuál no sería nuestra sorpresa al ver que entre los aspirantes al premio estaban los mejores dramaturgos mexicanos del momento, Salvador Novo, Emilio Carballido, Sergio Magaña... ¿Qué había pasado?, nos preguntamos: una de dos, o éramos pésimos como jurado o los dramaturgos en cuestión habían dejado de ser buenos. Apechugamos, como se dice vulgarmente, y la tormenta desapareció. Recuerdo tam-

bién que discutíamos las obras en el restaurante de mis papás, el *Carmel*, situado en la Zona Rosa cuando aún no era la Zona Roja. No recuerdo si allí también tomábamos café y comíamos pasteles de chocolate, cuernitos de nuez o esos borrachos de chocolate, conocidos como orgasmos.

Con José Emilio he viajado muchas veces a lo largo de muchos años; nos hemos visto en España, en los Estados Unidos, en Chile, en Oaxaca, *¡in all places!* A finales de los setenta, en Madrid, participamos ambos en un Congreso sobre el Modernismo, y al decir participamos exagero porque José Emilio era el *key note speaker*, el poeta mimado de todos los profesores importantes y de los poetas asistentes al coloquio, y yo era sólo una ponente ordinaria. Allí José Emilio Pacheco descubrió que el español de América y el de la Madre Patria eran abismalmente diferentes: una mañana, o una noche, no me acuerdo, o a lo mejor nunca sucedió, José Emilio descubrió un desperfecto en su sala de baño, por lo cual llamó a la administración y pronunció la que se ha vuelto una de sus frases más famosas: “Buenas noches, señor, disculpe la molestia, pero, ¿podrían enviar por favor un plomero a mi cuarto, se me descompuso la llave de la tina?”. Casi todas las palabras, excepto los artículos y las preposiciones, eran desconocidas para el empleado quien, curioso, subió para averiguar cuál era el problema. “Ah, ahora entiendo, exclamó, cuando examinó la pieza en cuestión, a la que llamaba habitación y no cuarto. Lo que usted necesita es un fontanero porque se le ha averiado el grifo de la bañera”. Afortunadamente en la Academia Mexicana de la Lengua estamos trabajando para terminar un Diccionario de Mexicanismos, muchos de los cuales ya se han incorporado al DRAE.

En otra ocasión fuimos a Oaxaca, creo que era un Congreso patrocinado por el INBA, pasamos allí varios días entre sesiones burocráticas y sesiones culturales; a mediodía y en las noches comíamos en los restaurantes de la plaza, comíamos y comíamos, pero yo nunca tanto como José Emilio que conocía y degustaba todos los antojitos, todos los tipos de moles y todos los postres. Al final de la semana yo ya me había enfermado del estómago y José Emilio seguía comiendo tan campante, al tiempo que nos relataba cosas importantes de nuestra historia literaria, por ejemplo que Ignacio Rodríguez Galván había sido el primer poeta mexicano y que había tenido la desgracia de nacer casi al mismo tiempo que Byron, Shelley o Pushkin; relataba también anécdotas de algunos de nuestros amigos escritores, o nos corregía sobre algún punto porque su sapiencia era y es increíble y, por lo menos en mi caso, nuestra ignorancia descomunal.

Otra vez nos vimos en Chile, estaba también Carlos Monsiváis. Con gran sorpresa advertimos que muchos de los concurrentes al Simposio en Santiago ignoraban casi todo acerca de México y lo único que les interesaba preguntar era acerca del Chavo del Ocho o de Verónica



José Emilio Pacheco 1959-1960

Castro. Dos escritores chilenos performancistas, Pedro Lemebel y Panchito Casas, conocidos como las yeguas del Apocalipsis, se travistieron para representar en vivo el cuadro de las dos Fridas. Visitamos luego en Valparaíso y la Isla Negra las casas de Pablo Neruda. En el camino nos detuvimos a comer en restaurantes maravillosos, donde nos ofrecían machas, locos, erizos, y todo tipo de pescados, muchos de los cuales no me atreví a probar, mientras José Emilio los probaba todos y Monsiváis pedía una torta de jamón ahogada. Entre medio, se ponían a competir y empezaban a recitar con perfección poema tras poema de autores chilenos como Neruda, Nicanor Parra, Enrique Lihn, Humberto Díaz Casanueva, Huidobro y en seguida a Pellicer, a Paz, a Owen, a Tablada, a Lizalde, a Villaurrutia, a Novo y párale de contar. Yo los miraba boquiabierto, yo que apenas logro recitar una cuarteta de: “Esta tarde mi bien cuando te hablaba...” y apenas logro balbucear las dos primeras palabras de *Primero sueño*: “Piramidal, funesta...”, y allí me quedo tartamudeando, y eso que soy especialista en sor Juana; Monsiváis y José Emilio se sabían casi todos sus versos. Luego me pedían que decidiera cuál de los dos tenía mejor memoria; a veces le otorgaba la presea a José Emilio y Monsiváis se enojaba y cuando prefería a Monsiváis le tocaba el turno de enojarse a nuestro poeta. Creo que ha sido uno de los viajes más divertidos de mi vida, aunque pocas veces mi cerebro fue tan bombardeado con erudición e inteligencia. Regresé a México convencida de que Schopenhauer tenía razón cuando decía que: “La mujer es un animal con cabellos largos”, locución que siempre me ha indignado.

Las batallas en el desierto retoma el tono sencillo e ingenuo propio de un niño a punto de convertirse en adolescente, enamorado desesperadamente de la madre de un condiscípulo.

Otra vez coincidimos en la Universidad de Riverside, California, en uno de los múltiples congresos que se organizan en los Estados Unidos sobre literatura mexicana. No me acuerdo de las ponencias, pero tengo grabadas en la mente con mucha claridad algunas visitas a los *malls* con Elena Poniatowska y las comidas que hacíamos juntos en algún restaurante de libre servicio. José Emilio estaba a dieta y se servía cantidades fenomenales de ensalada, Elena y yo le tomábamos el pelo y nos reíamos mucho.

Pero ya es hora de hablar verdaderamente de José Emilio. Sobra decir que es un escritor muy prolífico, un botón de muestra: los innumerables libros de poemas: *Los elementos de la noche*, (1958-1962); *El reposo del fuego*, (1963-1964); *Islas a la deriva*, (1973-1975); *Desde entonces*, (1975-1978); *Aproximaciones* (1958-1978); *Ayer es nunca jamás*, antología publicada en 1978, en Monte Ávila, Venezuela; *Irás y no volverás*, (1973); *Los trabajos*

del mar, (1983); *Mi rol la tierra*, (1983-1986); *Ciudad de la memoria*, (1986-1989); *No me preguntas cómo pasa el tiempo*, (1969); *Tarde o temprano*, compilación de poemas de 1958 a 1978; *Fin de siglo y otros poemas*, (1984); *Alta traición*, compilación (1985); *Álbum de zoología*, (1985); *Mi rol la tierra*, (1987); *El silencio de la luna*, (1996); *La arena errante*, (1999); *Siglo pasado (Desenlace)*, (1999-2000); *La fábula del tiempo*, Santiago de Chile, 2007. Para Jorge Fernández Granados quien hizo la selección de poemas en uno de sus últimos libros publicados, después del Premio Neruda que recibió en 2004:

Pocas obras representan tal amplitud, tal variedad de abordajes al ejercicio poético... Un complejo itinerario que puede ser recorrido como un drama. Un drama cifrado en el que se debaten lealtades y traiciones, afinidades y distancias, entusiasmos y desengaños, en fin, los distintos



Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Liliana Porter, Mercedes de Oteyza y Juan García Ponce en Casa del Lago

momentos de un largo amor. En este caso el largo amor por la poesía...

En *Aproximaciones* Pacheco exhibe otra de sus pasiones máximas, la traducción, mejor dicho la interpretación o la versión de los poemas que lo han formado y con los que ha constituido un canon. Esta fase de su obra abarca, como de costumbre, un vastísimo repertorio de grandes poetas de varias nacionalidades y lenguas: Beckett, Kavafis, Seferis, Mallarmé, Horacio, Platón, Luciano de Samosata, Teognis, Solón, Lee Masters, Anacreonte, Lowell, Sandburg, Nezahualcóyotl, Lowry, Elizabeth Bishop, Calvino, Ionesco, Salvatore Quasimodo, Walter Benjamin, Montale, Apollinaire, Auden, Baudelaire, Rimbaud, Nerval, Wilde, Pinter, los líricos griegos, etcétera. Transcribo las dos primeras cuartetas de su versión de uno de los poemas más conocidos por distintos poetas en México, en verdad magnífica, *El desdichado* de Gérard de Nerval:

Yo soy el tenebroso, el viudo inconsolado,
a mi abolida torre la desdicha me guía.
Cargo una estrella muerta y un laúd constelado.

Son estos negros soles mi aciaga astronomía.
Bajo la áspera noche, tú que me has confortado
devuélveme el oleaje y el mar al que cubría;
la herida en que se ahonda mi grito desolado,
el confín de la hiedra que a una rosa se alía...

Su poesía y las distintas versiones que de otros poetas ha hecho las ha corregido incesantemente, al grado de que a cada reimpresión de sus textos los editores se enfrentan con un nuevo libro. Las malas lenguas me han contado que una de las versiones que José Emilio más ha corregido es la de los *Cuatro cuartetos* de Eliot, me aseguran que cuando aparezca en su nueva versión será necesario traducirla al inglés porque habrá superado al poeta estadounidense.

Al final de *Aproximaciones*, Pacheco agrega notas sobre cada uno de los autores incluido en la compilación y esas notas son verdaderos cuentos en prosa o epitafios a la manera de los que escribiera Edgar Lee Masters en su antología intitulada *Spoon River*, publicada en 1915, una obra, explica Pacheco, "que revolucionó la poesía en lengua inglesa y en los años transcurridos desde su aparición no ha dejado de ser uno de los escasos *best-sellers* poéticos".

Estas notas son una demostración de la necesidad de relatar que tiene José Emilio y asimismo de otra de sus vocaciones, la de profesor, crítico literario e historiador de la literatura. Lo prueban sus peregrinaciones como profesor en distintas universidades extranjeras, Essex, Urbana, Toronto y especialmente Maryland. Y esa vocación



José Emilio Pacheco, Rubén Bonifaz Nuño, Carlos Pellicer y Juan José Arreola

lo ha llevado también a ordenar y antologar tanto a poetas como a narradores mexicanos y extranjeros.

José Emilio empezó su vida literaria como narrador. Así lo confiesa en una entrevista:

Todo mundo empieza por escribir poemas. Y es verdad que a mí me gustó mucho leer versos desde niño, pero a partir de los seis años me acerqué a las historias de piratas y a pequeños cuentos. Los primeros poemas que hice son más tardíos.

Su narrativa se inicia con *La sangre de Medusa*, escrita asombrosamente en 1959 cuando apenas tenía veinte años, sigue *El viento distante*, (1963), en donde todos los cuentos tienen como protagonistas a los niños, siguiendo una tradición que inicia, creo, con ciertas escritoras como Nellie Campobello, Rosario Castellanos, Elena Garro. *El principio del placer*, (1972) y dos novelas extraordinarias, *Morirás lejos*, escrita en 1967 y *Las batallas en el desierto*, (1981), ambas de temas y estructuras muy diferentes; de la primera diría que es quizá la única novela en México que haya tratado de manera tan eficaz y elegante el tema del Holocausto, así como escribió el guión de una película para Ripstein con el tema de Los Carvajal y la Inquisición en México. Hace tiempo escribí sobre *Morirás lejos*: un personaje:

...mira desde una ventana, oculto tras una persiana, a un desconocido que lee en una banca del parque. La mirada del que observa al lector se unifica con la del narrador anónimo que a veces aparece en la textualidad con la designa-



José Emilio Pacheco impartiendo la conferencia: "Visión del México posrevolucionario en algunos novelistas ingleses" en Casa del Lago

ción expresa de narrador omnividente y la mirada vuelve a revelar siguiendo las líneas de reflexión más puras, reiterando el modelo de construcción del texto: juego, enigma, adivinanza planteados como el diálogo entre un lector y un observador... La fragmentación del texto es la fragmentación de la hipótesis. Su unidad, la polaridad de las miradas. Su ordenación es la incisión. Las hipótesis siempre sugieren una duda y el intento por descifrar el enigma exige la presencia de un perseguidor, corporeizándose aquí simultáneamente en el narrador omnividente y en el lector que organiza los enigmas...

Las batallas en el desierto retoma el tono sencillo e ingenuo propio de un niño a punto de convertirse en adolescente, enamorado desesperadamente de la madre de un condiscípulo. Fue publicada en 1981, año en que yo también publiqué *Las genealogías*, que habían aparecido por entregas a manera de folletín en el periódico *Unomásuno*, por lo cual José Emilio me había dedicado su compilación *Tarde o temprano* en 1980: "A Margo, luz de oriente y occidente, estas genealogías que también de algún modo le pertenecen". Ambos libros tienen en común el recuerdo de una ciudad que ha desaparecido, como bien se dice en la contraportada del libro de Pacheco:

Una ciudad y un niño crecen, se transforman y se deforman juntos, arrastrados sin posibilidad de resistencia in-

mediata por la fuerza de un proceso históricamente ciego y sin sentido: vidas individuales y existencia colectiva dominadas por la frustración y la impotencia... José Emilio Pacheco lleva a cabo un implacable y lúcido ajuste de cuentas con la realidad que le tocó vivir a su generación...

En efecto, en *Las batallas en el desierto* regresa a un tema que desde muy joven le preocupaba, pero de manera más profunda y ajustada literariamente, las peripecias aparentemente banales de la vida de un adolescente y sus vivencias; al sesgo, es decir, a través de la mirada infantil, se muestran los cambios políticos fundamentales acaecidos en el país, cuando éste empezó a entrar imperceptiblemente en la etapa de modernización que desembocaría en lo que ahora llamamos globalización; además, la política de la corrupción que imperó en el sexenio de Miguel Alemán, política que de alguna manera nos ha conducido al país en que vivimos hoy.

Pacheco dirigió, al lado de Carlos Monsiváis, el suplemento de la revista *Estaciones*; dirigió la colección "Biblioteca del Estudiante Universitario". Ha sido docente en diversas universidades del mundo e investigador del INAH; secretario de redacción de la *Revista de la Universidad de México* en su época más brillante, la de Jaime García Terrés, allí inició su columna "Simpatías y diferencias"; en el suplemento de *Siempre!*, su columna "Calendario"; en "Diorama de la Cultura" del *Exélsior*; "Inventario" que luego continuó en *Proceso*.

José Emilio ha publicado muchísimo, volver a decirlo es una perogrullada y, sin embargo, es increíble lo que aún anda disperso. ¿Cómo no reunir en diversos volúmenes los múltiples textos que a lo largo de los años han visto la luz en diversas revistas y suplementos? ¿Cómo no coleccionar las conferencias que sobre literatura mexicana ha dado en El Colegio Nacional, en El Colegio de México, en la UNAM, en la Universidad de Maryland, entre otras instituciones?

Pero me detengo, me he alargado demasiado y apenas he repasado superficialmente su gran obra. Termina con un verso suyo que es del libro *Los elementos de la noche*:

Enciende el aire luces transparentes
y rompe el aire un sol ágil y oscuro.
La noche es osquedad, desierto muro
o llama detenida en sus vertientes...
Otro dolor regresa cuando sientes
que el árbol de ese tiempo en que no duro
se nutre de lo muerto y lo futuro,
de la tierra y la sangre incandescentes.

Son estos negros soles mi aciaga astronomía.